

de agua. Lavó mis llagas, las limpió ligeramente y las vendó con largas hojas de caña. Yo no podía manifestarle mi viva gratitud sino con un movimiento de cabeza y con la admiración que debía leer en mis ojos casi apagados. Cuando fue preciso trasladarme, su apuro fue estremado: miraba con inquietud en nuestro derredor, porque temía, según después me dijo, ser descubierto por alguna partida errante de bárbaros. La hora del flujo se acercaba, y mi libertador halló el mismo peligro el medio oportuno de mi salvación, pues descubriendo una barquilla de los francos encallada en la arena, empezó por levantarme á medias; después tendiéndose casi en tierra delante de mí, me atrajo suavemente hacia sí, me cargó sobre sus hombros, se levantó y me llevó con trabajo á la barca inmediata, porque era ya de edad provecia. La mar no tardó en cubrir las playas. El esclavo arrancó de la arena una pica cuyo hierro estaba roto, y cuando las olas levantaron la navecilla, la dirigió con su arma rota como lo hubiera hecho el más esperto piloto. Impelidos por el flujo, penetramos á larga distancia en las tierras y llegamos á las orillas de un río rodeado de bosques.

«Estos lugares eran conocidos del franco, quien saltó al agua, y tomándose de nuevo sobre sus hombros, me dejó en una especie de subterráneo, en que los bárbaros acostumbraban ocultar su trigo en tiempo de guerra. En este paraje me hizo un lecho de céspedes, y me dió un poco de vino para reanimarme.

«¡Pobre infeliz! me dijo, hablándome en mi propio idioma; me es preciso abandonarte, y habrás de pasar aquí la noche sin compañía. Espero traerte mañana agradables nuevas; entretanto, procura conciliar el sueño.

«Esto diciendo, estendió sobre mí su miserable sayo, del que se despojó para cubrirme, y desapareció en los bosques.

LIBRO SÉPTIMO.

SUMARIO. Prosigue la narración. Eudoro pasa á ser esclavo de Faramundo. Historia de Zacarías. Clotilde, mujer de Faramundo. Principio del Cristianismo entre los francos. Costumbres de los francos. Vuelta de la primavera. Caza. Bárbaros del Norte. Sepulcro de Ovidio. Eudoro salva la vida á Meroveo. Este promete la libertad á Eudoro. Los cazadores vuelven al campo de Faramundo. La diosa Herta. Festin de los francos. Delibérase sobre la paz ó la guerra con los romanos. Disputa de Camulogenes y Cholderico. Los francos se deciden á pedir la paz. Eudoro, ya en libertad, recibe de los francos la comisión de ir á proponer la paz á Constancio. Zacarías acompaña á Eudoro hasta la frontera de la Galia. Su despedida.

—¡Por Hércules! exclamó Demodoco, interrumpiendo la relación de Eudoro, ¡he amado siempre á los hijos de Esculapio! son piadosos para con los hombres y conocen las cosas ocultas. Encuéntraseles entre los dioses, los centauros, los héroes y los pastores. ¿Cuál era, hijo mío, el nombre de ese divino bárbaro, en cuyo favor, ¡ah! me parece que Júpiter nada sacó de la urna de los bienes? El dueño de las nubes dispone á su placer de la suerte de los mortales: da á uno la prosperidad, y hace caer al otro en todo género de calamidades. El rey de Itaca se vió reducido á experimentar un movimiento de alegría al acostarse sobre un lecho de hojas secas, que había amontonado con sus propias manos. En otro tiempo, entre los hombres más virtuosos, un favorito del dios de Epidauró hubiese sido el amigo y compañero de los guerreros; hoy es esclavo en una nación inhospitalaria! Pero no retardes, hijo de Lastenes, el decirme el nombre de tu libertador, por-

que quiero honrarle como Nestor honraba á Macaon.»

«—Su nombre entre los francos era Haroldo, respondió Eudoro sonriéndose. Según me lo había prometido, vino á buscarme á los primeros rayos del día. Venía acompañado de una mujer vestida con una túnica de hilo, teñida de color de púrpura, y tenía la parte superior de la garganta y los brazos descubiertos, á usanza de los francos. Sus facciones presentaban á primera vista una mezcla inesplicable de barbarie y de humanidad; su fisonomía tenía una expresión ruda y salvaje, corregida por cierto hábito extraño de piedad y dulzura.

«—Jóven griego, me dijo el esclavo, da gracias á Clotilde, esposa de Faramundo, mi amo: ha obtenido de su esposo tu perdón, y viene á buscarte para ponerte al abrigo de los francos. Cuando estés curado de tus heridas, te mostrarás sin duda esclavo agradecido y fiel.»

«Muchos esclavos entraron entonces en la caverna, y estendiéndose sobre ramas de árboles entrelazadas, me llevaron al campamento de mi amo.

«Los francos á pesar de su valor y de la irrupción de las olas, se vieron precisados á ceder la victoria á la disciplina de las legiones; y considerándose dichosos al evitarse una completa derrota, se retiraban delante de los vencedores. Marcharon quince días y quince noches penetrando hacia el Norte, y no se detuvieron hasta creerse al abrigo del ejército de Constancio.

«Hasta entonces, apenas había yo conocido el horror de mi situación; pero cuando el reposo empezó á cicatrizar mis heridas, dirigí con espanto mis miradas á lo que me rodeaba. Me vi en medio de espesos bosques, esclavo de los bárbaros y prisionero en una choza rodeada como por una muralla, por un círculo de tiernos arbolillos que debían entrelazarse al crecer. Una bebida grosera preparada con trigo, un poco de cebada machacada entre dos piedras y algunos trozos de carne de gamo y ciervo que me eran alguna vez arrojados por piedad, constituían todo mi sustento. La mitad del día me veía solo sobre mi lecho de yerbas secas; pero sufría aun más con la presencia que con la ausencia de los bárbaros. La fetidez de las grasas mezcladas con las cenizas de fresco conque untaban sus cabellos, el nauseabundo vapor de las carnes asadas, la escasa ventilación de la choza y la espesa nube de humo que sin cesar la llenaba, me sofocaban; á tanta costa me hacía pagar una Providencia justa las delicias de Nápoles, los perfumes y placeres ilícitos en que me había embriagado!

«El viejo esclavo, ocupado en sus deberes, no podía conceder sino algunos momentos á mis penas. Estremada era mi sorpresa al ver la serenidad de su semblante en medio de los trabajos que le abrumaban.

«—Eudoro, me dijo una noche, tus heridas están casi curadas, por lo cual mañana empezarás á llenar tus nuevos deberes. Sé que serás enviado con algunos esclavos á buscar madera al fondo del bosque. Vamos, hijo y compañero mío, apela á tu virtud, y el cielo te ayudará si le imploras.

«Dichas estas palabras, el esclavo se alejó y me dejó sumergido en la desesperación; pasé la noche en una agitación horrorosa, formando y rechazando alternativamente mil encontrados proyectos. Unas veces quería atentar á mis días, otras, proyectaba la fuga. Pero ¿cómo huir, débil y falto de todo recurso? ¿Cómo hallar un camino á través de aquellos enmarañados bosques? ¡Ay! ¡yo tenía un poderoso auxilio contra mis males: la religión; y este era el único medio de libertad en que no pensaba! El día me sorprendió en estas zozobras, y entonces oí de repente una voz que me gritó:

«—Esclavo romano, levántate!

«Diéronme para cubrirme una piel de javalí, un asta de buey para sacar agua, un pescado seco para mi alimento, y seguí á los esclavos que me mostraban el camino.

«Al llegar al bosque, empezaron á recoger entre la nieve y las hojas secas algunas ramas de árboles desgajadas por los vientos, y de ellas formaban aquí y acullá gruesos haces que ataban con cortezas. Hicieronme algunas señas para invitarme á que les imitara; y viendo que nada entendía de aquella ruda faena, se contentaron con poner sobre mis hombros un haz de ramas secas. Mi frente orgullosa se vió obligada á doblarse bajo el yugo de la esclavitud; mis desnudos piés pisaban la nieve, mis cabellos estaban erizados por la escarcha, y el cierzo congelaba las lágrimas en mis ojos. Apoyaba mis pasos vacilantes en una rama que tomé de mi carga; y encorvado como un viejo caminaba lentamente entre los árboles de aquel bosque.

«Próximo estaba á sucumbir á mi dolor, cuando vi inopinadamente á mi lado al viejo esclavo cargado con un peso superior al mío, y sonriendo con aquel aire de tranquilidad que jamás le abandonaba. Al ver esto, no pude reprimir un movimiento de confusión.

«¿Cómo! me dije interiormente, ¡este hombre agoviado por los años, sonríe bajo un peso tres veces mayor que el mío, y yo jóven y vigoroso, lloro!

«Eudoro, me dijo mi libertador, acercándose á mí, ¿no te parece harto pesada la primera carga? ¡Jóven compañero mío! la costumbre, y sobre todo la resignación, te harán más ligeras las demás. ¡Ya ves qué peso he venido á soportar al cabo de mis años!»

«—¡Ah! exclamé; carga sobre mi ese peso que hace doblar tus rodillas. ¡Ojalá espire librándote de tus penas!

«—¡Hijo mío! replicó el anciano, no tengo penas. ¿Por qué desear la muerte? Vamos, quiero reconciliarte con la vida. Ven á descansar á algunos pasos de aquí; encenderemos fuego, y hablaremos juntos.»

«Subimos unos montecillos irregulares, formados, como vi en breve, por las ruinas de una obra romana. Multitud de robustas encinas crecían en este lugar, sobre otra generación de encinas derribadas á sus piés. Al llegar á la cúspide de los montecillos, descubrí el recinto de un campamento abandonado.

«He aquí, me dijo el esclavo, el bosque de Teutberg y el campamento de Varo. La pirámide de tierra que ves en el centro es el sepulcro donde Germánico hizo encerrar los restos de las legiones pasadas á cuchillo. Pero ha sido abierta de nuevo por los bárbaros; los huesos de los romanos han sido esparcidos segunda vez por la tierra, como lo atestiguan esos blancos cráneos, clavados en los troncos de los árboles. Un poco más lejos, puedes descubrir los altares, sobre que fueron degollados los centuriones de las primeras compañías, y el tribunal de césped desde donde Arminio arengó á los germanos.

«A estas palabras, el anciano dejó caer sobre la nieve su haz de leña; y sacando algunas ramas, encendió un poco de fuego; hecho esto, me invitó á sentarme á su lado y á calentar mis manos heladas, y luego me refirió su historia.

«Hijo mío, me dijo, ¿te quejarás ahora de tus desgracias? ¿Te atreverás á hablar de tus penas, á la vista del campo de Varo? ¿No reconoces, al contrario, cuál es el destino de todos los hombres, y cuán inútil es revelarse contra los males inseparables de la condición humana? Yo te presento en mí mismo un ejemplo elocuente de lo que una falsa sabiduría llama golpes de fortuna. ¡Deploras tu esclavitud! ¿Y qué dirás cuando veas en mí un descendiente de Casio, esclavo, y esclavo voluntario?

«Cuando mis antepasados fueron proscritos de Roma por haber defendido la libertad, y cuando nadie

se atrevió ni aun á llevar sus retratos á los funerales, mi familia se refugió en el Cristianismo, asilo de la verdadera independencia.

«Alimentado con los preceptos de una ley divina, serví mucho tiempo como simple soldado en la legion Tebana, siendo en ella conocido con el nombre de Zacarías. Habiéndose negado esta legion cristiana á sacrificar á los falsos dioses, Maximiano mandó darle muerte cerca de Agauno en los Alpes. Vióse entonces un ejemplo eternamente memorable del espíritu de dulzura del Evangelio: cuatro mil veteranos, encanecidos en la profesión de las armas, llenos de vigor y teniendo en la mano la pica y la espada, alargaron como dóciles corderos su cuello á los verdugos. Ni siquiera les ocurrió la idea de defenderse; ¡tan grabadas tenían en el fondo del corazón las palabras de su Maestro, que manda obedecer y prohibe vengarse! Mauricio, que mandaba la legion, fue la primera víctima; la mayor parte de los soldados fueron pasados á cuchillo; yo tenía las manos atadas á la espalda, y sentado en medio de la muchedumbre de víctimas, esperaba el golpe fatal; pero ignoro por qué designio de la Providencia, quedé olvidado en aquella horrorosa carnicería. Los cadáveres amontonados en mi derredor me ocultaron á la vista de los centuriones; y Maximiano, ya cumplida su obra, se alejó con el ejército.

«Hacia la segunda vigilia de la noche, no llegando ya á mis oídos otro rumor que el de un torrente que de las montañas se despeñaba, levanté la cabeza y un prodigio hirió mis ojos. Los cuerpos de mis compañeros parecían despedir una viva luz y esparcir un agradable olor. Adoré al Dios de los milagros, que no había querido aceptar el sacrificio de mis días; y como no me era posible dar sepultura á tantos santos, busqué á lo menos al gran Mauricio, á quien hallé medio cubierto en la nieve que durante la noche había caído. Animado de una fuerza sobrenatural, me desprendí de mis ligaduras, y con el hierro de una lanza cavé á mi general una profunda sepultura. Reuní el tronco y la cabeza de Mauricio, pidiendo al nuevo Macabeo alcanzase en breve para su soldado un puesto en la milicia celestial. Cumplido este deber, abandoné aquel campo de triunfo y de lágrimas; tomé el camino de las Galias, y fui á buscar á Dionisio, primer obispo de Lutecia.

«Este santo prelado me recibió con lágrimas de alegría, y me admitió en el número de sus discípulos. Cuando me creyó capaz de secundarle en su ministerio, me impuso las manos, y haciéndome sacerdote de Jesucristo, me dijo: «Humilde Zacarías, sé caritativo; ¡he aquí todas las instrucciones que tengo que darte!» ¡Ah! ¡yo estaba siempre destinado á perder mis amigos, y siempre por la misma mano! Maximiano hizo cortar la cabeza á Dionisio y á sus compañeros Rústico y Eleuterio. Este fue su último atentado en las Galias, cuyo dominio cedió poco después á Constancio.

«Yo tenía incesantemente á la vista el precepto de mi santo obispo. Me sentí movido del vehemente deseo de prestar algún servicio á los desvalidos, é iba muchas veces á rogar á Dionisio me obtuviese este favor por su intercesión para con el Hijo de María.

«Los cristianos de Lutecia habían dado sepultura á su obispo en una gruta, al pié de la colina sobre que había sido decapitado. Esta colina se llamaba el monte de Marte, y estaba separada del Secana por unas lagunas. Atravesando un día estas lagunas, vi dirigirse hacia mí una mujer cristiana, llena de dolor, que exclamó: ¡Oh Zacarías! soy la más desgraciada de las mujeres! Mi esposo, que ha caído en poder de los francos, me deja con tres hijos de tierna edad y sin medio alguno de proveer á su subsistencia! Un repentido rubor cubrió mi rostro, pues comprendí que Dios me enviaba esta gracia por las oraciones del ge-

neroso mártir á quien iba á implorar. Oculté, no obstant, mi alegría, y dije á aquella mujer: «Ten valor, que Dios se apiadará de tí.» Y sin detenerme, me puse en camino hacia la colina de Agripina.

«Yo conocía al soldado prisionero. Era cristiano, y había sido durante algún tiempo su compañero de armas; era un hombre sencillo y temeroso de Dios en la prosperidad, pero los contratiempos le abatían fácilmente y era de temer perdiese la fe en la adversidad. Supe en Agripina que había caído en manos del jefe de los salienos. Los romanos acababan de concluir una tregua con los francos; fui, pues, á buscar á estos bárbaros. Me presenté á Faramundo, y me ofrecí en cambio del cristiano, no siéndome posible pagar de otro modo su rescate, porque nada poseía en el mundo. Como yo era fuerte y vigoroso, y débil el otro esclavo, mi proposición fue aceptada; solo puse por condición que mi amo diese libertad á su prisionero sin decirle por qué medio había sido rescatado. Hizose así, y aquel pobre padre de familia volvió lleno de alegría á sus hogares, para alimentar á sus hijos y consolar á su esposa.

«Desde entonces he permanecido esclavo aquí. Dios me ha recompensado bien, porque, habitando entre estos pueblos, he tenido la dicha de sembrar en ellos la palabra de Jesucristo. Voy especialmente á lo largo de los ríos á reparar, hasta donde me es posible, las desgracias de una experiencia funesta: los bárbaros, para experimentar si sus hijos serán valientes un día, acostumbran esponerlos en las olas sobre un escudo, y conservando tan solo los que sobrenadan, dejan perecer á los demás. Cuando consigo salvar á algunos de estos inocentes, los bautizo en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, para abrirles el cielo.

«Los lugares donde se dan las batallas me ofrecen igualmente una abundante cosecha. Vago como un lobo rapaz en las tinieblas, en medio de la carnicería y de los muertos. Llamo á los moribundos, que creen voy á desnudarles; les hablo de una vida mejor, y procuro enviarles al reposo de Abraham. Sinó están mortalmente heridos, me doy prisa á socorrerles, esperando ganarles por la caridad al Dios de los pobres y desvalidos.

«Hasta el presente mi mas hermosa conquista es la de la jóven esposa de mi anciano amo Faramundo. Clotilde, que ha abierto su corazón á Jesucristo, de violenta y cruel que era, se ha hecho de condición benigna y compasiva, y todos los días me ayuda á salvar algunos desgraciados, y á ella debes la vida. Cuando corrí á decirle que te había hallado entre los muertos, le ocurrió al punto la idea de ocultarte en la gruta, para librarte de la esclavitud. Descubriendo luego que los francos iban á continuar su retirada, no le quedó otro recurso que revelar el secreto á su esposo y alcanzar tu perdón de Faramundo; porque si los bárbaros aman á los esclavos sanos y vigorosos, su natural impaciencia y su desprecio á la vida les hacen casi siempre sacrificar á los heridos.

«Tal es, hijo mio, la historia de Zacarias. Si te parece que he hecho algo en tu favor, solo te pido en recompensa que no te dejes abatir por los infortunios, y que me permitas salvar tu alma despues de haber salvado tu cuerpo. Eudoro, has nacido en aquel dulce clima vecino á la tierra de los milagros, en aquellos cultos pueblos que han civilizado á los hombres, en esa Grecia á donde el sublime Pablo llevó la luz de la fe; ¡cuántas ventajas tienes sobre los hombres del Norte, cuyo espíritu es grosero y feroces las costumbres! ¿Serías menos sensible que ellos á la caridad evangélica?»

«Las últimas palabras de Zacarias penetraron en mi corazón como un dardo. El indigno secreto de mi vida me abrumaba, y no me atrevía á levantar los ojos hacia mi libertador. ¡Yo, que jamás había experimen-

tado turbación alguna ante la mirada de los dueños del mundo, me sentía anonadado ante la magestad de un viejo sacerdote cristiano, esclavo de los bárbaros! Detenido por la vergüenza que me causaba el confesar el olvido que había hecho de mi religión, é impelido por el deseo de confesarlo todo, mi desorden era estremado. Zacarias lo advirtió, y creyendo que mis heridas se habían abierto, me preguntó con inquietud la causa de mi agitación. Vencido por tanta bondad y anegándome á mi pesar en amargas lágrimas, me arrojé á los piés del anciano, exclamando:

«¡Oh padre mio! no son las heridas de mi cuerpo las que brotan sangre: ¡es una llaga mas profunda y mas mortal! Tu que practicas tantos actos sublimes en nombre de tu religión, ¿podrías creer, al hallar tan escasa semejanza entre nosotros, que profeso la misma religión que tú?»

«—¡Jesucristo! gritó el santo, levantando las manos al cielo; ¡Jesucristo, mi divino maestro! ¿es posible que tengais aquí otro servidor?»

«—¡Soy cristiano! le respondí.

«El hombre de caridad me oprime entre sus brazos, me baña con sus lágrimas, y me estrecha contra sus nevados cabellos, diciendo con sollozos de alegría:

«—¡Hermano mio! ¡amado hermano mio! ¡he hallado un hermano!»

«Y yo repetía, hondamente conmovido:

«—¡Soy cristiano! ¡soy cristiano!»

«Durante esta conversacion, la noche había tendido su velo; volvimos pues á cargar nuestros haces y regresamos á la choza de Faramundo. Al amanecer del siguiente día, Zacarias vino á buscarme, y me condujo á lo mas oculto de un bosque. En el tronco de una añosa haya, en que Segovia, profetisa de los germanos, había antiguamente revelado sus oráculos, vi una pequeña imagen que representaba á Maria madre del Salvador; esta imagen estaba adornada con una rama de yedra cargada de frutos maduros, y recientemente colocada á los piés de la Madre y del Niño, porque la nieve no la había cubierto todavía.

«Esta misma noche, me dijo Zacarias, he participado á la esposa de nuestro amo que tenemos un hermano entre nosotros. Llena de alegría, ha querido venir en medio de las tinieblas á adornar nuestro altar y á ofrecer esta rama á Maria en señal de regocijo.»

«Apenas había Zacarias acabado de pronunciar estas palabras, cuando vimos llegar á Clotilde, que se arrodilló sobre la nieve al pié del haya. Nos colocamos á su lado, y pronunció en alta voz la oración del Señor en un idioma salvaje. Así vi empezar el Cristianismo entre los francos. ¡Religion celestial! ¿quién dirá los encantos de tu cuna? ¡Cuán divina pareció en Belem á los pastores de la Judea! ¡Cuán milagrosa me pareció en las catacumbas, cuando vi humillarse ante ella á una poderosa emperatriz! ¿Y quién no hubiera derramado lágrimas de ternura al hallarla bajo un árbol de la Germania, rodeada, por todo séquito de adoradores, de un esclavo romano, de un prisionero griego y de una reina bárbara!»

«¿Qué esperaba para volver al aprisco? Los disgustos habían empezado á hacerme conocer la vanidad de los placeres; el ermitaño del Vesubio había conmovido mi espíritu, y Zacarias subyugaba mi corazón; pero estaba escrito que no volvería á la verdad sino por una serie de desgracias y costosas experiencias.

«Zacarias redobló su celo y sus cuidados para conmigo, y cuando le escuchaba, creía oír una voz del cielo. ¡Qué lección tan alta no ofrecía la sola vista del heredero cristiano de Casio y Bruto! El estóico asesino de César, despues de una vida breve, libre, poderosa y célebre, declara que la virtud es un fantasma, y el caritativo discípulo de Jesucristo, esclava-

vo, anciano, pobre é ignorado, proclama que nada hay real sobre la tierra sino la virtud. Este sacerdote que parecía no saber otra cosa que la caridad, tenía no obstante, vasta ciencia y una afición ilustrada á las artes y letras; conocía las antigüedades griegas, hebraicas y latinas, causando vivo placer oírle hablar de los hombres de los antiguos días, mientras guardaba los rebaños de los bárbaros. Me hablaba con frecuencia de las costumbres de nuestros amos, y me decía:

«Cuando hayas regresado á la Grecia, mi querido Eudoro, todos se agruparán en tu derredor para oírte referir las costumbres de los reyes de la larga cabellera. Tus desgracias presentes serán para tí entonces un manantial de agradables reminiscencias, y te verás considerado entre aquellos ingeniosos pueblos, como un nuevo Herodoto que ha llegado de remota region para encantarles con maravillosas narraciones. Les dirás que existe en los bosques de la Germania un pueblo que dice ser descendiente de los troyanos (porque todos los hombres, cautivados por las hermosas fábulas de vuestras Helenas, quieren figurar en ellas por algun lado), que este pueblo formado de diferentes tribus de germanos, los sicambros, los bructeros, los salios y los cattos, ha tomado el nombre de franco, que quiere decir libre, y que es digno de llevar este nombre.

«Su gobierno, sin embargo, es esencialmente monárquico. El poder, dividido entre diferentes reyes, se concentra en la mano de uno solo cuando el peligro es apremiante. La tribu de los salios, cuyo jefe es Faramundo, tiene casi siempre el honor de mandar, porque pasa entre los bárbaros por la mas noble, debiendo esta celebridad á la costumbre que escluye en ella del poder á las hembras, y no confía el cetro sino á un guerrero.

«Los francos se reúnen una vez al año en el mes de marzo, para deliberar sobre los asuntos de la nación, y acuden armados á esta cita. El rey se sienta debajo de una encina, y todos le llevan presentes que recibe con mucha alegría. Allí escucha las quejas de sus vasallos, ó por mejor decir, de sus compañeros, y administra equitativamente la justicia.

«Las propiedades son anuales. Una familia cultiva cada año el terreno que el príncipe le señala, y despues de la recolección el campo segado vuelve á entrar en el dominio comun.

«Todas las demás costumbres ofrecen el sello de la misma sencillez. Ya ves que compartimos con nuestros amos el sayo, la leche, el queso, la casa de tierra y la cama de pieles.

«Ayer presenciastes el casamiento de Meroveo. Un escudo, una francisca, una canoa de mimbres, un caballo enjaezado y dos bueyes ayuntados, fueron los obsequios de boda del heredero de la corona de los francos. Si en los juegos de su edad salta con mas agilidad que otro en medio de las lanzas y espadas desenvainadas; si es animoso en la guerra y justo en la paz, puede esperar despues de su muerte una hoguera fúnebre, y aun una pirámide de césped para cubrir su sepulcro.»

«Así me habló Zaccarias.

«La primavera vino al fin á reanimar las selvas del Norte. En breve, todo mudó de aspecto en los bosques y los valles; los ángulos ennegrecidos de los peñascos fueron los primeros que se despojaron de la monotonía blanca de las escarchas; los rojizos retoños de los abetos se ostentaron luego; y muchos tempranos arbustos reemplazaron con festones de flores, los tristes carámbanos que de sus copas pendían. Los hermosos días trajeron la estación de los combates.

«Una parte de los francos empuñó de nuevo las armas, y preparóse otra á marchar á la caza del uroo y de los osos á lejanas comarcas. Meroveo se puso á

la cabeza de los cazadores, siendo yo comprendido en el número de los esclavos que debían acompañarle. Despedime de Zacarias, y me separé por algun tiempo del mas virtuoso de los hombres.

«Recorrimos con increíble rapidez las regiones que se dilatan desde el mar de Escandia hasta las costas del Ponto Euxino. Aquellos bosques sirven de paso á cien pueblos bárbaros que se precipitan alternativamente á manera de desbordados torrentes sobre el imperio romano. Diríase que han oído algun extraño rumor en el Mediodía, que les llama del Septentrion y del Oriente. ¿Cuál es su nombre, su raza, su país? Preguntadlo al cielo que les guía, porque son tan desconocidos á los hombres como los lugares de donde salen y por donde pasan. Llegan, y todo está preparado para ellos: los árboles son sus tiendas, los desiertos su camino. ¿Queréis saber donde han acampado? Mirad esos huesos de animales degollados, esos pinos tronchados como por el rayo, esos bosques incendiados y esas llanuras cubiertas de cenizas.

«Tuvimos la felicidad de no hallar á ninguna de estas numerosas emigraciones; pero hallamos á algunas familias errantes, en cuya comparación los francos son un pueblo civilizado. Estos infelices, sin abrigo, sin vestido y aun muchas veces sin alimento, no tienen otro consuelo á sus males que una libertad inútil y algunos bailes en el desierto. Pero cuando estos bailes tienen lugar en las orillas de un río ó en lo mas intrincado de los bosques; cuando el eco repite por primera vez los acentos de una voz humana; cuando el oso mira desde el vértice de su peñasco estos juegos del hombre salvaje, es imposible no encontrar cierto sello de grandeza en la rudeza misma del cuadro, y no enternecerse al contemplar el destino de este hijo de la soledad, que nace desconocido del mundo, pisa un solo momento los valles que no volverá á atravesar, y oculta en breve su tumba bajo el musgo de los desiertos, que ni siquiera han conservado el vestigio de sus pasos.

«Un día, habiendo atravesado el Ister hacia su embocadura, y habiéndome alejado un poco de la comitiva de los cazadores, vi dilatarse á mi vista las olas del Ponto Euxino. Allí descubrí un sepulcro de piedra sobre el cual crecía un lozano laurel. Arranqué las yerbas que cubrían algunas letras latinas, y pronto conseguí leer este primer verso de las elegias de un vate desventurado:

«¡Libro mio, irás á Roma, é irás sin mí!...»

«No acertaría á pintaros lo que espermenté al hallar en el fondo de aquel desierto el sepulcro de Ovidio. ¡Cuán tristes reflexiones me asaltaron acerca de las amarguras del destierro y de la inutilidad de los talentos para proporcionarse la felicidad! Roma, que gozó en otro tiempo de los cuadros del mas ingenioso de sus poetas, Roma vió correr durante veinte años con secos ojos las lágrimas de Ovidio. ¡Ah! menos ingratos que los pueblos de la Ausonia, los salvajes habitantes de las márgenes del Ister, recuerdan todavía al Orfeo que apareció en sus bosques, van á bailar en torno de sus cenizas, y aun han conservado algo de su idioma; ¡tan dulce es para ellos la memoria de aquel romano que se acusaba de ser bárbaro, porque no era entendido del sármata!»

«Los bárbaros habían atravesado tan dilatadas comarcas para visitar algunas tribus de su nación, trasladadas en otro tiempo por Probo á las costas del Ponto Euxino. Supimos al llegar, que aquellas tribus habían desaparecido hacia muchos meses, y que se ignoraba su paradero. Meroveo adoptó sin demora la resolución de volver al campo de Faramundo.

«La Providencia había decretado que yo hallase la libertad en el sepulcro de Ovidio. Cuando volvimos á

pasar cerca de este monumento, una loba que allí se había ocultado para guardar sus hijuelos, se lanzó sobre Meroveo; di muerte á la fiera, y desde aquel momento mi jóven amo me prometió pedir mi libertad á su padre, y haciéndome su compañero durante el resto de la caza, me obligaba á dormir á su lado. Algunas veces le hablaba de la batalla sangrienta en que le había visto conducido por tres indómitos toros, y se estremecía de alegría al recuerdo de su gloria. Otras le hablaba también de las costumbres y tradiciones de mi país; pero de todo lo que le refería, solo escuchaba con placer la historia de los trabajos de Hércules y Teseo. Cuando trataba de hacerle comprender nuestras artes, blandía su framea, é impaciente me decía: «¡ Griego, griego! soy tu amo.»

«Después de una ausencia de muchos meses, llegamos al campamento de Faramundo. La choza real estaba desierta. El jefe de la larga cabellera había tenido huéspedes, y después de haber prodigado en su honor todas las riquezas que poseía, había ido á vivir á la cabaña de un jefe vecino, que arruinado á su vez por el monarca bárbaro, se había trasladado con él á casa de otro jefe. Hallamos al fin á Faramundo sentado á un gran banquete disfrutando de los encantos de aquella sencilla hospitalidad, y nos hizo saber el objeto de las fiestas.

«En medio del mar de los suevos descuella una isla llamada Casta, consagrada á la diosa Herta. La estatua de esta divinidad está colocada sobre un carro siempre cubierto con un velo. Este carro arrastrado por unas terneras blancas, recorre en determinados tiempos las naciones germánicas. Suspéndense entonces las hostilidades, y por un momento los bosques del Norte cesan de resonar al fragor de las armas. La diosa misteriosa acababa de pasar al país de los bárbaros, y nosotros habíamos llegado á celebrarse los festejos con que es recibida su aparición. Zacarias halló un escaso momento para estrecharme entre sus brazos. Todos los caudillos estaban convocados al solemne banquete en que debía tratarse de la conclusión de la paz ó de la continuación de la guerra con los romanos. Yo fui encargado del papel de copero, y Meroveo tomó asiento en medio de los guerreros.

«Hallábanse estos formados semicircularmente, ocupando el centro el hogar en que se preparaban los manjares del festín. Cada caudillo, armado como para la guerra, estaba sentado sobre un haz de yerba ó sobre un rollo de pieles; y tenía delante una mesita separada de las demás, en que se le servía una parte de la víctima, según su valor ó nobleza. El guerrero reconocido como más valiente (y era Meroveo), ocupaba el primer puesto. Los libertos, armados de lanzas y escudos, llevaban aquí y allí los tripodes cargados de carne y astas de uroco, llenas de un licor preparado con trigo.

Hacia el fin de la comida, se empezó á deliberar. En la línea de los francos había un galo llamado Camulógenes, descendiente del famoso anciano que defendió á Lutecia contra Labieno, lugar-teniente de Julio. Educado entre los cuarenta mil discípulos de las escuelas de Augustodunum (1), había perfeccionado una educación brillante bajo la dirección de los rectores más célebres de Marsella y de Burdigalia (2); pero la natural inconstancia de los galos y cierto carácter salvaje le habían hecho tomar parte desde luego en la sedición de los bagodes. Estos paisanos sublevados fueron sometidos por Maximiano, y Camulógenes se pasó á los francos, que le adoptaron por su valor y riquezas. Habiendo los sacerdotes del banquete de Faramundo impuesto silencio, el galo se levantó, y cansado tal vez de un largo destierro, pro-

(1) Autun.
(2) Burdeos.

puso enviar diputados á César. Elogió la disciplina de las legiones romanas, las virtudes de Constancio, los encantos de la paz y las dulzuras de la vida social.

«No debe sorprendernos, replicó Cholderico, caudillo de una tribu de los francos, que un galo nos hable en tales términos, pues espera sin duda alguna recompensa de sus antiguos señores. Confieso que la cepa de un centurion es más fácil de manejar que mi framea, y que es menos peligroso adorar á César bajo la púrpura en el Capitolio, que despreciarlo en esta choza bajo una piel de lobo. Yo he visto en la misma Roma á esos ambiciosos poseedores de tantos palacios, y son en que la luna se mostraba en su lleno, se decidió en calma lo que se había discutido en el ciego entusiasmo, cuando el corazón no puede fingir y está abierto á las empresas generosas.

«Determinóse hacer proposiciones de paz á los romanos; y como Meroveo, fiel á su palabra, había obtenido ya mi libertad de su padre, se resolvió enviarme al instante á llevar á Constancio las palabras del consejo. Zacarias y Clotilde vinieron á anunciarme mi libertad, encareciéndome que me pusiese en camino sin pérdida de tiempo, para evitar la inconstancia natural en los bárbaros. Víme precisado á ceder á sus inquietudes, y Zacarias me acompañó hasta la frontera de las Galias. Mi fortuna al recobrar la libertad, estaba acibarada por la amargura de mi separación de este benéfico anciano. En vano le insté á que me siguiese; en vano deploré los males que le abrumaban, pues cogiendo al paso un lirio silvestre, cuya corola empezaba á salir de la nieve, me dijo: «—Esta flor es el símbolo del caudillo de los salienos y de su tribu; crece naturalmente más hermosa en estos bosques que en un suelo menos espuesto á los rigores del invierno, y escede en blancura á las escarchas que la cubren y la conservan en su seno en vez de marchitarla. Espero que esta ruda estación de mi vida, pasada al lado de la familia de mi amo, me hará un día semejante á este lirio á los ojos de Dios: el alma necesita para desarrollarse en toda su fuerza permanecer sepultada por algún tiempo en los rigores de la adversidad.»

«Dichas estas palabras, Zacarias se detuvo y me mostró el cielo donde debíamos volver á encontrarnos un día; y sin dejarme tiempo para arrojarme á sus pies, se alejó de mí después de haberme dado su última lección. No de otro modo, Jesucristo cuyo ejemplo imitaba, se complacía en instruir á sus discípulos paseando á orillas del lago Genesareth, y haciendo hablar á la yerba de los campos y al lirio de los valles.

«Reyes cabelludos, ¿habéis entendido algo de la prolija perorata de esta profetisa de los galos? ¿Quién de vosotros ha oído hablar de ese Alejandro ó de ese Mitridates? Camulógenes! si sabes hacer pomposos discursos en la lengua de tus señores, évitate la molestia de pronunciarlos en nuestra presencia. Nosotros prohibimos á nuestros hijos que aprendan á leer y escribir, artes de la esclavitud; tan solo queremos el hierro, los combates y la sangre.»

«El consejo de los bárbaros resonó con gritos tumultuosos. El galo, vengándose del insulto con el desprecio, replicó:

«—Puesto que el famoso Cholderico no conoce á Alejandro, ni gusta de pomposos discursos, solo le diré una palabra: Si los francos no tienen otro guerrero que él para incendiar el Capitolio, les aconsejo que acepten la paz á cualquier precio.»

«—¡ Traidor! gritó el sicambro ciego de cólera. Dentro de pocos años espero que tu nación cambiará de dueño; entonces reconocerás, al cultivar la tierra en provecho de los francos, cuál es el valor de los reyes cabelludos.»

«—Si no tengo que temer á otro que al tuyo, replicó irónicamente el galo, no me tomaré el trabajo de recoger el huevo de la serpiente en la luna nueva, para ponerme al abrigo de los contratiempos que me prepare Teutates.»

«A estas palabras, Cholderico furioso dirigió á Camulógenes la punta de su framea, diciéndole con voz balbuciente á impulso de la ira:

«—¡ Ni aun te atreverías á mirar mi framea!

«—¡ Mientes! repuso el galo desenvainando su espada y precipitándose sobre el franco.

«Todos se arrojaron entre ambos guerreros, y los sacerdotes hicieron cesar este nuevo festín de los Centauros y Lapitas. Al día siguiente, día en que la luna se mostraba en su lleno, se decidió en calma lo que se había discutido en el ciego entusiasmo, cuando el corazón no puede fingir y está abierto á las empresas generosas.

«Determinóse hacer proposiciones de paz á los romanos; y como Meroveo, fiel á su palabra, había obtenido ya mi libertad de su padre, se resolvió enviarme al instante á llevar á Constancio las palabras del consejo. Zacarias y Clotilde vinieron á anunciarme mi libertad, encareciéndome que me pusiese en camino sin pérdida de tiempo, para evitar la inconstancia natural en los bárbaros. Víme precisado á ceder á sus inquietudes, y Zacarias me acompañó hasta la frontera de las Galias. Mi fortuna al recobrar la libertad, estaba acibarada por la amargura de mi separación de este benéfico anciano. En vano le insté á que me siguiese; en vano deploré los males que le abrumaban, pues cogiendo al paso un lirio silvestre, cuya corola empezaba á salir de la nieve, me dijo:

«—Esta flor es el símbolo del caudillo de los salienos y de su tribu; crece naturalmente más hermosa en estos bosques que en un suelo menos espuesto á los rigores del invierno, y escede en blancura á las escarchas que la cubren y la conservan en su seno en vez de marchitarla. Espero que esta ruda estación de mi vida, pasada al lado de la familia de mi amo, me hará un día semejante á este lirio á los ojos de Dios: el alma necesita para desarrollarse en toda su fuerza permanecer sepultada por algún tiempo en los rigores de la adversidad.»

«Dichas estas palabras, Zacarias se detuvo y me mostró el cielo donde debíamos volver á encontrarnos un día; y sin dejarme tiempo para arrojarme á sus pies, se alejó de mí después de haberme dado su última lección. No de otro modo, Jesucristo cuyo ejemplo imitaba, se complacía en instruir á sus discípulos paseando á orillas del lago Genesareth, y haciendo hablar á la yerba de los campos y al lirio de los valles.

LIBRO OCTAVO.

SUMARIO. Interrupción de la historia. Principio del amor de Eudoro á Cimodocea y de esta á Eudoro. Satanás intenta aprovecharse de este amor para afligir la Iglesia. El infierno. Asamblea de los demonios. Discurso del demonio del homicidio. Discurso del demonio de la falsa sabiduría. Discurso del demonio de la lujuria. Discurso de Satanás. Los demonios se diseminan por la tierra.

La relación de Eudoro se había dilatado hasta la hora nona del día. El sol lanzaba sus rayos abrasadores sobre las montañas de la Arcadia, y mudas las aves posaban retiradas en las cañas del Ladonte. Lastenes invitó á los extranjeros á una nueva comida, y les propuso aplazar para el día siguiente el fin de la historia de su hijo. La comitiva dejó la isla y los dos altares y volvió silenciosa al techo hospitalario.

Apenas se oyeron en el resto del día algunas inter-

rumpidas palabras. El obispo de Lacedemonia parecía profundamente ocupado de la historia del hijo de Lastenes, y admiraba la pintura del estado de la Iglesia y de sus progresos en todo el mundo. Veía figurar en medio de este cuadro unos hombres á quienes los fieles tenían que temer; hombres cuyos caracteres trazados por Eudoro, ofrecían un triste porvenir. Cirilo había recibido de Roman noticias alarmantes, que creyó debía ocultar á la virtuosa familia.

Eudoro á su vez estaba lejos de sentirse tranquilo: llevaba al pié de la cruz tribulaciones interiores é ignoraba aun que eran consecuencia de los altos designios de Dios. Redoblaba las oraciones y las austeridades; pero al través de las lágrimas de la penitencia, descubría á su pesar los hermosos cabellos, las manos de alabastro, la esbelta cintura y las gracias ingenuas de la hija de Homero. Veía sin cesar fijas en él sus dulces y tímidas miradas, y aquellas facciones encantadoras en que se pintaban todos los sentimientos que él espresaba, y también los que no espresaba aun. ¡ Cuán cándido pudor embellecía á la inocente virgen, cuando Eudoro contaba los culpables placeres de Roma y de Bayas! ¡ Qué palidez tan mortal cubría sus mejillas, cuando describía combates ó hablaba de heridas y esclavitud!

La sacerdotisa de las Musas experimentaba por su parte sentimientos confusos y una nueva emoción. Su espíritu y su corazón salían al mismo tiempo de su doble infancia. La ignorancia de su espíritu se desvanecía ante la sólida razón del Cristianismo; la ignorancia de su corazón cedía á esa viva luz que traen siempre consigo las pasiones. ¡ Cosa extraordinaria! Aquella jóven experimentaba á la vez la turbación y las delicias de la sabiduría y del amor.

«Padre mio, decía á Demodoco, ¿qué divino extranjero nos ha convidado á sus banquetes? ¡ Cuán grande es por el corazón y por las armas el hijo de Lastenes! ¡ No es uno de aquellos primeros pobladores del mundo á quienes Júpiter trasformó en dioses favorables á los mortales? ¡ Juguete de destinos crueldes, ¡ qué combates ha dado, qué males ha sufrido! ¡ Oh castas y poderosas Musas! ¡ Oh mis divinas tutelares! ¿dónde estabais cuando cadenas indignas oprimían manos tan nobles? ¡ No podiais desatar las ligaduras de este jóven héroe á los sonos poderosos de vuestras lirias? Mas sacerdote de Homero, tú, que conoces todas las cosas, y tienes la sabia reserva de los ancianos, dime: ¿qué religion es esa de que habla Eudoro? ¡ Cuán hermosa es esa religion! ¡ Atrae el corazón á la justicia y refrena los amores insensatos. El que la sigue está siempre dispuesto á recorrer la desgracia como un vecino generoso, sin darse tiempo para tomar su ceñidor. Vamos á los templos á inmolar ovejas á Ceres que dicta leyes, y al sol que ve el porvenir. Arrastrando la túnica, y con la copa de las libaciones en la mano, demos vuelta á los altares regados de sangre, amasemos las tortas sagradas, y procuremos descubrir cual es el genio desconocido que protege á Eudoro... Siento que una divinidad misteriosa habla á mi corazón. ¿Pero una virgen debe penetrar los secretos de los jóvenes y procurar conocer sus dioses? El pudor levantará su velo para consultar los oráculos?»

Al acabar estas palabras, Cimodocea regó su seno con copiosas lágrimas.

De esta suerte, el cielo aproximaba dos corazones, de cuya union debía resultar el triunfo de la cruz. Satanás iba á aprovecharse del amor de la predestinada pareja, y todo marchaba hácia el cumplimiento de los decretos del Eterno. El príncipe de las tinieblas terminaba en aquel momento la revista de los templos de la tierra. Había visitado los santuarios de la mentira y la impostura: el antro de Trofonio, los respiraderos de la Sibila, los tripodes de Delfos, la piedra de Teutates y los subterráneos de Isis, de Mi-